

Los rostros de la violencia

Hay que participar, discutir en las aulas y en el seno de las familias, aquellos asuntos que pensamos no están funcionando bien



Por
Eduardo J.
Padrón,
Presidente
del Miami-
Dade College

Ha regresado este año, mucho más de lo que hubiera querido, al tema de la violencia en la nación americana. Me entristece mucho que los intentos en el Senado por paliar, de alguna manera, las oportunidades que tienen personas inescrupulosas de adquirir armamentos militares, así como que no sean adecuadamente revisados los antecedentes de aquellos que quieran comprar armas, amparados por la Segunda Enmienda, no haya prosperado.

Como educador y humanista, soy un hombre de paz, en las antípodas de la fatalidad que suele circundar el universo de las armas. Recuerdo a mi padre diciendo ante la información de algún altercado violento en la ciudad reportado por la televisión: "Si no tuvieran pistolas se hubieran ido a las manos y ahora estarían presos y magullados pero difícilmente muertos".

El ejemplo del drama acontecido en Boston vuelve a convocar la violencia desde uno de sus ángulos más siniestros: el terrorismo, donde resulta mucho más difícil presumir de dónde provendrá el golpe artero que resultara en la muerte de inocentes.

Habría que preguntarse cómo estos dos jóvenes, uno de 26 años y el otro de 19, llegados de una distante nación para establecerse como inmigrantes a los Estados Unidos, asimilados al modo de vida americano, como tantos otros, han podido armarse hasta los dientes para luego cometer sus tropelías que tanto dolor e incertidumbre han sembrado en la sociedad.

Más allá que tuvieran el conocimiento para fabricar artefactos explosivos a partir de objetos de uso cotidiano, también andaban pertrechados de armamento que adquirieron en alguna fuente del

país, como granadas de mano y revólveres. Ahí se abre, otra vez, una interrogante que perturba con respecto al fácil acceso a las armas.

Después de los lamentables acontecimientos de Colorado, Connecticut y ahora Boston, todos marcados por la maldición de una violencia desenfrenada y sin control, debemos alentar la cultura de la educación, el entendimiento social y alguna forma sensata de impedir que las armas caigan en manos equívocas.

Bajo ningún concepto debemos habituarnos a estos capítulos que en ocasiones vemos como espectadores desde los medios de prensa pero que mañana pudieran involucrarnos, sin piedad. El día que digamos: "nada podemos hacer para que no vuelvan a ocurrir" estaremos cediendo a la incivilización y la barbarie.

En la democracia, la indi-

ferencia es inadmisibles y no conduce a buenas soluciones. Hay que participar, discutir en las aulas y en el seno de las familias, aquellos asuntos que pensamos no están funcionando bien.

Hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para construir más aulas que prisiones, para que las nuevas generaciones se sientan comprometidas con el destino de la nación, por detestrar el individualismo dañino y la avaricia.

La más laboriosa, imaginativa y creativa de las naciones merece un ambiente más armónico para su desarrollo. Es hora de reclamar un freno a la violencia y a todos los dispositivos que la alientan. No habrá libertad, ni Segunda Enmienda, ni futuro promisorio que defender sino encontramos las vías para no atentar contra la vida, que es el más preciado de los tesoros.